

Biblioteca-Films

N.º
221

UN CASO DE SUERTE 25



Billy
Sullivan

Margarita
Lanfort

BROWN, Harry Joe

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15
B A R C E L O N A

AÑO V APARECE LOS MARTES Núm. 221

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Un caso de suerte

(Stick to your story, 1926)
Divertida novela cinematográfica de
interesante argumento, caeación de

BILLY SULLIVAN

.....
E A C L U S I V A
PROCINE, S. A.

Claris, núm. 71 Barcelona

REPARTO

Pepito Marín **Billy Sullivan**
María Miles **Margarita Lanfort**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Pocas profesiones seducen tanto a la juventud inexperta como la de periodista, con sus inquietudes, sus prerrogativas, sus éxitos, sus fracasos... que de todo tiene la viña del Señor.

En uno de los nuevos edificios, de esas casas gigantescas que sólo se conocen en la gran ciudad de Nueva York, las máquinas rotativas de un gran diario no cesaban en todo el día en su monótono y atronador ruido. Era el gran diario "El Faro", un periódico que más que esto era una muralla inexpugnable que defendía la beneficiosa política en el país...

Su director exigía a sus redactores la mayor exactitud en todas sus informaciones y cuando les cogía en un "renuncio", como

vulgarmente se dice, se daba a todos los demonios. Miles tenía una hija, llamada María, quien sabía muy bien, aunque aparentaba ignorarlo, que los enfados de su papá eran parecidos a una tempestad dentro de un vaso de agua.

La mañana que por primera vez trábamos conocimiento con el director del importante diario "El Faro", leía éste por tercera vez una información de un crimen, que más que asesinato parecía un exterminio de la raza humana.

Sin poder contener por más tiempo su enojo llamó al botones del periódico y le ordenó:

—Di al redactor-jefe que venga.

Salió el muchacho y al poco tiempo entró el solicitado, que no tardó en adivinar en el mal semblante de su jefe, que le esperaba alguna noticia nada agradable.

—¿Quién ha escrito esta información?— le preguntó tan pronto como el otro hubo entrado en su despacho—. Esto es una fantasía absurda e impropia de un periódico serio.

El redactor-jefe se rascó la cabeza, sin atreverse a dar una respuesta definitiva, y en vista que el director seguía interrogándole con la mirada, cada vez más hosca exclamó:

—¿Quién quiere usted que sea? ¡Esa calamidad de Martín!

—Pues dígale que venga inmediatamente. Salió éste en busca de Martín y después

de recorrer varias salas de la redacción, dió con él y le dijo:

—Martín, el señor director, que venga usted inmediatamente.

Pepito Martín, a quien todos en el periódico le llamaba "Don Iluso", por su afán demasiado de dar la nota sensacional, sin lograr otra cosa que dar notas discordantes, se le quedó mirando, como queriendo leer en la mirada del redactor-jefe el motivo de aquella extraordinaria llamada y al fin preguntó:

—¿No sabe usted para qué me quiere?

—Le acompañó en su sentimiento, joven, pero me parece que se ha jugado usted la plaza. Yo sólo sé que le llama y que está como nunca lo he visto, de enfadado.

Pero como no tenía más remedio que acatar la orden, hizo acopio de valor y entró en el despacho del director, que nada más que verlo le entregó el original de la información para que lo leyera.

—¡Atiza! ¡Si que es gorda! ¡Menuda ensalada he hecho con el crimen de anoche y la conferencia sobre la cría del jilguero!—exclamó Pepito, cuando terminó de leer.

—¿Cree usted que esto puede tolerarse? —le preguntó irritado Miles.

Martín buscó en su mente algo que le permitiera dar una excusa cumplida de su error y terminó diciendo:

Yo venía de la conferencia avícola cuando

surgió el crimen... Sin duda confundí las notas, y con la precipitación... pues, he hecho este otro crimen—. Y señaló para la referida información.

—¡Qué es un crimen mucho más sangriento que el que ha tratado usted de describir!— exclamó el director.

Martín estaba que no sabía que hacer ni qué decir. Esperaba de un momento a otro la palabra fatal que lo dejaría sin plaza y su jefe continuó diciéndole, irritado aún por su silencio:

—Es usted muy dado a la fantasía y yo no quiero gente ilusa en mi periódico.

—Permitame que le diga, señor Miles, que se equivoca. Yo no soy un iluso, sino que siendo dentro de mi el genio de los grandes reporters... ¡Yo haré algo sublime!

—Ahí está su mal, Martín, en que quiere usted hacer cosas sublimes y no se conforma en hacer lo que le encargan, y bien hecho. Y es necesario que aprenda usted el refrán que dice, que "el que mucho abarca, poco aprieta"... Confórmase usted con hacer lo que se le manda y hágalo bien; de lo contrario me veré obligado a despedirle.

La única persona que reconocía en Martín cualidades excepcionales de reporter y que le admiraba era María. Al amor siempre lo pintan ciego y la muchacha, sin que ella misma se diera cuenta estaba enamorada de la

elegante figura de aquel reporter que tan simpático le parecía. No sentía éste menor afecto por ella y siempre que podía estar a su lado no desaprovechaba la ocasión.

Carlos Miles, después de la reprimenda que acababa de echarle a Pepito Martín, salió a dar las instrucciones para el tiraje de aquel día y María aprovechó este momento para decirle a Martín, en tono de consejo:

—Está usted probando la paciencia de papá, sin querer enterarse de que no tiene mucha.

—No es eso, María—replicó Martín—. Es que yo no quiero ser un periodista del montón... ¡Quiero sobresalir, triunfar... llegar...

Entretanto Miles hablaba con el redactor-jefe y le enseñaba un anónimo que acababa de recibir y le dijo:

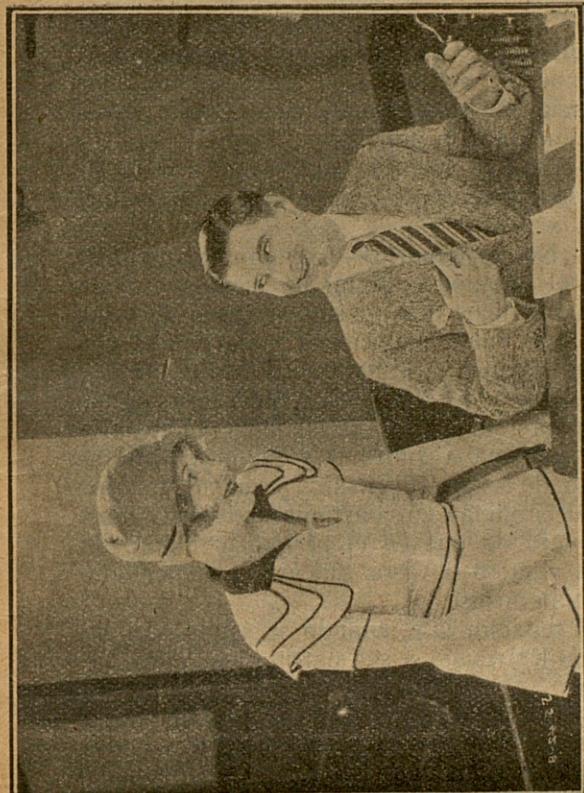
—Mire usted que nuevo anónimo acabo de recibir.

Cogió el redactor-jefe el papel y leyó, dándole una importancia extraordinaria:

“Carlos Miles.

Le aconsejamos que cese en la defensa de esos ideales políticos. No desatienda esta advertencia.

X. X.”



— No es eso, María.

—Pues a esa advertencia—exclamó Miles—quiero que se conteste, no sólo manteniendo nuestra actitud, sino acentuándola más todavía. Yo sé de donde viene esto y voy a dar cuenta a la policía.

—Yo creo que eso sería empeorar la situación—se atrevió a replicar el redactor-jefe.

—¡No me importa!—exclamó más irritado aún el director—. A mí no me amedrentan esos fanáticos que no son, después de todo, más que unos ambiciosos malaventidos con su apartamiento de toda actividad política.

Lo que ignoraba Carlos Miles era que su redactor-jefe era uno de los jefes del complot que se tramaba contra él, y que muy distintamente de lo que él pensaba, y sus adversarios políticos vivían en constante actividad, hasta el punto de que en el periódico había un gran número de ellos que pasaban por simples operarios.

El redactor-jefe, cuando se separó del señor Miles reunió a sus partidarios, y les advirtió:

—Habéis hecho una tontería con enviar ese anónimo. Vuestro aviso ha producido efecto contrario, y Miles va a dar cuenta a la policía. Hay que levantar el vuelo de la casa donde nos reunimos, sino queremos que nos echen mano. Desde hoy instalaremos nuestro cuartel general en Sparck Hills.

En aquel instante apareció uno de los aliados y le dijo al redactor:

—Un emisario me entregó este papel, para que se lo entregase a usted.

Recogió éste el escrito y leyó su contenido, que decía:

“El número de plazas pedidas en el Hotel Saboya es el de siete. Si nos reunimos para comer tiene que ser muy temprano. El primero que llegue hará de ugier. Adiós, hasta mañana.”

Se quedó un rato pensativo, con el aviso entre las manos y después de dar cuenta a los demás de lo que decía, exclamó, con íntima satisfacción.

—Esta noticia que parece que carece de importancia, es la sentencia de Miles. Sus horas están contadas.

YA ESTA A LA VENTA

La famosa obra que ha dado la vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

Selección de Biblioteca Films - Precio: 50 cts.

SEGUNDA PARTE

Momentos después recibía Martín una orden cominatoria de su director, enviándole a hacer una información de una asamblea de fabricantes de pastas para sopa.

—Si que voy a lucirme describiendo las tonterías que digan esos señores;—se lamentó el pobre Martín.

El botones, que sentía por Martín un exagerado cariño, por ser el único redactor que lo trataba con más benevolencia que ningún otro, al ver la expresión tan compungida que mostraba, le preguntó:

—¿Es alguna mala noticia del director?

—Me manda a una asamblea de fabricantes de pastas para sopas. ¿Tú crees que yo puedo descender a andar entre fideos y otras cosas tan sin substancia?

El botones creyóse en el caso de animarlo, y le dijo:

—¡Pues ahí es donde se ve el talento, sacando substancia de donde no la hay!

Pepito Martín recogió su libro de notas y pasó por el despacho del director, donde estaba María sola, escribiendo a máquina.

—¿Ya va usted en busca de alguna nueva información sensacional? — le preguntó la muchacha.

—¡Voy a aprender cómo se hacen los macarrones! — respondió melancólicamente Martín—. ¡A esto es a lo que me destina su papá!

—Cumpla usted lo que le dicen y ya verá como no tardará en recomendarle algún asunto importante—exclamó la muchacha. Y para que hiciera únicamente lo que se le había ordenado, sin meterse en donde no lo llamaban le ató un cordelito al dedo, por lo que Martín le preguntó:

—¿Para que me ata usted esto al dedo?

—Para que no se le olvide a donde va usted y a lo que va, y no se distraiga con alguna otra fantasía de las suyas.

Rióse el joven de la ocurrencia de la muchacha y desaparecido por completo el mal humor que le había producido la orden de su director, dijo, galantemente:

—Puede usted estar segura, María, de que esta cuerdecita tirará de mi voluntad como si fuera un remolcador...

Y Martín se lanzó a la calle decidido a ser,

al menos por una vez, ya que no lo que él llamaba un buen reporter por lo menos sumiso y obediente.

Como no fiaba mucho en su memoria guardó bien guardada, la invitación y el programa del acto que iba a presenciar.

Pero ¡oh fatalidad!, en su camino se interpuso varias veces, y en distintos lugares, la pícara tentación, capaz de hacer claudicar al reporter más ajeno al cumplimiento de su deber.

La sirena del servicio de incendios fué la primera que parecía, no querer sembrar la alarma entre el vencidario, como era en realidad su objeto, sino llamarle a él...

Anduvo algunos pasos hacia el lugar del siniestro, pero vió en su dedo atada la cuerdecita de María y se detuvo diciéndose:

—Si no fuera por esta cuerdecita y por lo que le he dicho a María, vaya información que se me presentaba.

De pronto vió salir del interior del edificio incendiado un hombre que procuraba ocularse de todos.

Desde el primer momento comprendió, por su aspecto, que este individuo había producido el siniestro y sin poderse ya contener se abalanzó sobre él.

Entre los dos se entabló una lucha impetuosa y en el fragor de ésta la invitación para



— ¡De aquí no se mueve nadie!

la asamblea se perdió, pisoteada por uno y otro.

Apareció de pronto la policía que venía siguiendo los pasos de aquel pájaro de cuidado y sujetando al que pretendía huir, le dijo:

— ¡Ya has caído en nuestras manos!... Te vamos a quitar las aficiones a los fuegos artificiales.

Ahora le pesaba a Martín el haberse metido en aquel jaleo y para que no llegara a oídos de su jefe, le suplicó al de policía:

— Señor inspector, por lo que más quiera

usted, que mi nombre no figure para nada en este asunto.

—Eso no es posible—, contestó el agente, estrechando la mano de Martín—. Lo que usted ha hecho tiene un mérito tan extraordinario que es preciso reconocerlo y proclamarlo.

Tuvo que conformarse con esta decisión del inspector e intentó marcharse, pero estaba visto que su destino no quería que cumpliese la orden de su director y cuando iba a marcharse oyó al jefe de la policía que decía a sus hombres:

—En esta casa de a lado se refugian los conspiradores.

Y aquellas palabras y la presencia de la policía indicó a Martín que algo extraordinario pasaba y de nuevo sintió la tentación de intervenir, pero le contuvo el cordelito.

Cuando ya se disponía a abandonar aquel lugar, que tanto le atraía, sonó a su espalda la voz de un policía que le gritaba:

—¡Caballero... detenga a ese hombre que huye hacia usted!

—Lo siento mucho, pero tengo que hacer—le gritó a su vez Martín, dejándole el paso libre.

—¿De modo qué es usted redactor de “El Faro”? le dijo el policía, acercándose a él y reconociéndolo como tal—y deja usted escapar a uno de los enemigos de su director.

Martín estaba cada vez más absorto. “¡Nada que nunca acertaba”, y exclamó, ya molesto por las palabras del policía:

—Pero hombre!... ¿qué haré yo para acertar?... ¡Si intervengo, malo, y si no intervengo, peor!

Mientras tanto, el redactor-jefe del diario “El Faro” seguía conspirando contra su director. Aprovechó los momentos que estaba solo mientras los operarios cambiaban de turno para tomar el plano de la redacción, y no había hecho más que terminar cuando el tiembre del teléfono sonó enérgicamente.

Cogió el aparato y oyó decir, al mismo policía que había amonestado horas antes a Martín:

—Tenga la bondad de decir al señor Miles, que Martín, el redactor de su periódico, ha dejado escapar a uno de sus enemigos.

No le era nada de simpático el tal Martín al redactor-jefe y aprovechó aquella ocasión para indisponerlo con su director.

Se presentó inmediatamente en su despacho y le dijo:

—Ha llamado por teléfono el sargento Moore para decir que Martín ha cometido

una de sus muchas tonterías, dejando escapar a uno de sus enemigos más encarnizados.

—¡Ese Martín es un imbécil!—exclamó el director rojo de ira—. En cuanto vuelva lo voy a poner de patitas en la calle... ¡Ya estoy harto de sufrir más sus tonterías!

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla
B E N - H U R
 y que ha consagrado al joven actor
RAMON NOVARRO

50 cts.

Solicite ejemplares antes que se agoten a
 BIBLIOTECA FILMS, Aparc. 707, Barcelona

TERCERA PARTE

Martín volvía al periódico fracasado. Había perdido la invitación para entrar en la asamblea y no pudo hacer la información que se le había ordenado. Su director apenas lo vió entrar le preguntó:

—¿Trae usted la información que le ordené?

—¿La información... ha dicho usted la información?—tartamudeó Martín, sin atreverse a decir la verdad de lo que le había sucedido.

—¡Sí, hombre, la información!—le gritó su jefe—. ¿Me parece que no hablo en chino?

—Pues, verá usted... como traerla, no la traigo... He perdido los papeles... Venía hacia acá y el sargento Moore me pidió que detuviese a un hombre al que venía persiguiendo, pero yo no quise, para no meterme en historia... En cambio antes, y sin quererlo, he contribuido a la detención de un incendiario.

se de lo que tratan. Yo he tomado mis precauciones y no le faltará a usted quien le inicie. Le advierto que esta es la prueba definitiva. Si fracasa, no vuelva, porque ni mi hija, con todo su interés por usted, me hará cambiar de opinión.

Martín, loco de alegría, por la ocasión que se le presentaba de poder probar sus buenas aptitudes de reporter, marchó a su casa, para preparar todo lo necesario para el viaje que había de emprender dentro de pocas horas.

Y María, tan interesada, como había dicho su padre, en que Martín triunfase, apuntó en su librito de notas: "Sparck Hills". Reunión clero".

En Eparck Hills los conspiradores se creían completamente libres de las garras de la policía y continuaban sus maquinaciones contra Miles y su política.

En la reunión de aquella tarde, se hallaban los principales cabecillas del movimiento, excepto el redactor-jefe del diario "El Faro", y uno de ellos, que parecía el superior, dió cuenta a sus compañeros de la marcha de los asuntos y terminó diciendo:

—Nuestro camarada, que trae las órdenes concretas, deberá llegar en el tren de las siete y media. Uno de nosotros bajará a esperarle y, con el mayor disimulo, lo conducirá hasta aquí. Será portador de una maleta con una cruz. Esta es la señal convenida. En efecto,

to, en el mismo tren que viajaba Martín, iba también el conspirador, y aquél cogió distraídamente la maleta de su compañero en vez de la suya.

Su extrañeza fué enorme cuando al aparecerse en la estación vió que un desconocido se le acercaba y le decía:

—¡Perdone usted!... Hace tiempo que estoy aquí esperándole... He venido únicamente para conducirlo donde se celebra la reunión a la que usted ha de asistir.

A Martín no le cupo duda de que aquel hombre había sido enviado por Miles y lo siguió, sin detenerse a preguntarle nada.

Llevaban ya más de una hora caminando a buen paso, cuando Martín se detuvo para decirle:

—Le advierto a usted que yo no he venido aquí para tomar parte en ningún concurso pedestre, y que ya llevamos un buen rato andando.

María, temiendo un nuevo tracaso de Martín, que hiciese fracasar a su vez, todos sus ilusiones, se encaminó también a Sparck Hills, en automóvil y cuando llegó a la estación de término le preguntó al jefe de la misma:

—¿Sabría usted indicarme si en el tren que acaba de llegar ha venido un joven con traje blanco y gorra de viaje?

—¿Le interesa a usted mucho ese joven,

señorita?—preguntó a su vez el jefe, maliciosamente.

María comprendió la intención de la pregunta y contestó, sin inmutarse:

—Es mi hermano y, por una equívocación, viene a buscarme, creyéndome aquí.

No dudó el otro de las palabras de la joven, por el tono de sinceridad con que fueron dichas y respondió, señalando por donde se había ido Martín:

—El único viajero que ha llegado en este tren tomó por aquel camino, acompañado de un hombre que si no era Pastor, lo parecía.

—¡El es!... ¡No me cabe duda!... ¡Gracias!—exclamó María, reanudando su interrumpida marcha.

Martín, sin embargo, cansado ya de tanto andar, volvió a decirle a su guía:

—¡Oiga, señor!... ¿Falta mucho que andar todavía?... ¿Queda todavía mucho que andar?

Por toda respuesta el otro le dijo:

—¡Sígame y calle!

—Como todo tiene su fin en la vida, también lo tuvo la caminata que se estaba dando el pobre Martín y por fin llegaron a la casa donde se hallaban reunidos los conspiradores.

Al verlo entrar, se levantaron y fueron hacia él. El que parecía cabecilla principal le dijo:



—¿Pero de verdad me quieres?

—¿Trae usted algún documento que lo identifique?

Martín, por toda contestación, se llevó la mano al bolsillo para sacarlos y entonces el conspirador lo detuvo, diciéndole:

—No hace falta que los exhiba. Estoy seguro de que es usted la persona que esperamos.

Y Martín en la firme creencia de que se trataba de los agentes enviados por el señor Miles, se sentó tranquilamente, dispuesto a saber que es lo que querían de él aquellos hombres.

No haga el ridículo en sociedad
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestro método
práctico y sencillo de

Charleston

Precio del método: **25 cts.**

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

CUARTA PARTE

El que había hablado con él hizo una seña a los demás, que se sentaron inmediatamente, y empezó a decir:

—El enemigo que más nos estorba es Carlos Miles, el director de “El Faro”, y contra él iremos primeramente.

—¡Caracoles! — exclamó interiormente Martín, al ver el curso tan distinto que tomaba la conversación de como él se la había imaginado—. ¡Qué ajeno estará Miles a estas horas de que tiene contadas las horas de su vida... política!

—Ya veo que no han querido que falle el golpe—siguió diciendo el cabecilla—. ¡Con esa bomba que trae usted ahí volará toda la casa!

Entonces fué cuando se dio cuenta Martín del error que había sufrido al coger su maleta y al oír lo de la bomba la dejó caer preso del mayor espanto.

—Aquí tengo el plano para llegar al lugar más adecuado y colocarla—continuó hablando el orador—. Nos lo ha facilitado el propio redactor-jefe del periódico. Gracias a él sabemos cuánto piensa, dice y hace Carlos Miles. Es uno de nuestros mejores y más leales afiliados.

—¡Repámpanos!—exclamó para su interior Martín, pero otro grito de estupor fué el que salió de sus labios, cuando vió entrar a la hija de su jefe.

—¡María!... ¿A qué viene usted aquí?

La extraña aparición de aquella mujer y su nombre suscitaron las sospechas de los revolucionarios y su jefe exclamó:

—¿De modo que esta es la hija de Carlos Miles?... Pues yo le aseguro que tanto usted, como este joven que parece conocerla demasiado pagará cara su osadía de entrar aquí.

Y encañonándolos con una pistola, los tuvo a raya un buen rato, hasta que le dijo a un hombre de bastante edad que formaba parte de la banda:

—¡Tome usted este revólver y cuide de que de esa habitación no salga nadie!

—¿Usted también pertenece a esta banda de asesinos? — le preguntó a su guardián María.

—Pertenecía — respondió el anciano, que era el pastor que había llevado a Martín a aquella casa, pero ahora me avergüenzo de

haber llevado por seis meses, la escarapela de los fanáticos. Yo creí que luchaban noblemente por una idea, pero no que preparaban un cobarde atentado... ¡Están ustedes en libertad!

No necesitó más Martín para quitarle de las manos el revólver que tenía y entregándoselo a María, cogió una silla de la habitación y salió donde estaban los conspiradores, gritándoles:

—¡Quietos, de aquí no se mueve nadie!

Sin dejar de encañonarlos salieron de la casa, llevándose al Pastor y montaron en el auto de María.

—Pero a dónde me llevan ustedes?—preguntó el Pastor.

—Nosotros mismos no lo sabemos—repuso Martín, que se había dado cuenta de la desaparición de la maleta donde se encerraba la bomba—. Lo mismo puede ser a asistir en sus últimos momentos a las víctimas de un atentado, si no llegamos a tiempo de evitarlo que asistirnos a nosotros en los primeros momentos de nuestra felicidad...

—Piensen ustedes—repuso el Pastor—en que ni por mi condición, ni por mi edad, deben meterme en estas aventuras.

Pero Martín no le oía, cada vez aceleraba más la marcha y el Pastor que iba en la parte de atrás del coche exclamó de pronto:

—¡La policía! ¡Nos sigue la policía!

—¡No crea usted que esa policía viene por nosotros! Es que presiente que nos va a hacer falta, como usted—contestó Martín.

—Yo creo que a nosotros, si seguimos con esta velocidad, no nos va hacer falta más que un sepulturero.

En efecto, Martín no cesaba en la vertiginosa carrera que le había imprimido al coche, hasta que por fin llegaron a la estación, en el crítico momento que iba a salir el tren

QUINTA PARTE

A la casa del señor Miles había llegado ya el hombre enviado por los revolucionarios, con el trágico maletín y se había presentado al redactor-jefe.

—¿Traes ahí el encargo? — le preguntó éste.

—Sí—respondió el enviado—. Viene completamente dispuesta.

—¿A qué hora debe estallar? — preguntó de nuevo el redactor-jefe.

—Viene preparada para las cinco.

—Déjala ahí y vete, antes de que puedan verte—le ordenó aquél.

Así lo hizo, pero cuando fué a salir se dió de manos a boca con Martín, que apuntándole con la pistola, le dijo:

—Poco a poco, amigo. Antes de salir de aquí vas a cantar donde has dejado la bomba, sino moriremos todos dentro de la casa.

A los gritos salió de su despacho el señor Miles, y le preguntó a su redactor:

—¿Qué, ha cumplido usted bien mi encargo?

—Déjese ahora de ningún encargo, que va nuestra vida en ello... ¡Aquí acaban de colocar una bomba!

—¡Usted está loco de remate! — exclamó el redactor-jefe —. Deje usted a los hombres tranquilos y no alborote más.

Hizo ademán de salir, pero Martín lo detuvo diciéndole:

—¡Quiá, usted no se marcha... ¡Ahora quien manda aquí soy yo!

Y en un momento no quedó titere con cabeza en la Redacción, hasta que pareció el mortífero artefacto.

El policía que los venía siguiendo llegó en aquel instante y dirigiéndose al redactor-jefe, le dijo:

—Queda usted y su cómplice detenido, por haber atentado contra el actual régimen.

—¿Ve usted como es verdad lo que le digo? — exclamó Martín.

El señor Miles estrechó la mano de su redactor y exclamó:

—¡Ahora si que tiene usted oportunidad de hacer una información estupenda!... Ha sido caso de suerte... ¡Y conste que no olvido que le debo la vida!



—Antes que la información, la noticia de nuestra boda.

El señor Miles, había visto en su hija un profundo sentimiento de simpatía para aquel muchacho y comprendiendo lo que esto quiere decir entre dos corazones jóvenes, procuró dejarlos solos y entonces fué cuando María le dijo:

—No sabe usted la alegría que tengo al ver que por fin ha vencido usted.

Martín cogió entre las suyas las manos de las jóvenes y sin preocuparse de que estaba allí el “botones” le preguntó, sin poder disimular su emoción:

— ¡María!... ¿Pero de verdad me quieres?

— Sí, pero con una condición, de que has de ser tan constante, por lo menos como lo has sido, para hallar, al fin, la información sensacional.

— Está bien. Pero antes que la información voy a redactar la noticia de nuestra boda, exclamó el muchacho, estrechándola entre sus brazos.

FIN

PROXIMO NUMERO

El rey del knock-out

Emocionante novela deportista, en la que hace gala de sus facultades el atleta

FRANK MERRILL

OTRO GRANDIOSO EXITO EN
Las Grandes Novelas de la Pantalla
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

El Gaucho

Bonita novela de fe, amor y aventuras



Creación del artista predilecto y mimado

Douglas Fairbanks

Precio: 1'50 PESETAS

DIRIJA USTED LOS PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado